

PRESENTACION

En la Universidad Pontificia de Salamanca tenía lugar un Congreso Ecuménico de singular importancia a lo largo de los días veintitrés al veintiséis de septiembre de 1980. La singularidad y su importancia le venía al Congreso del hecho de que se celebraba cuatrocientos cincuenta años más tarde de que se le hubiera entregado al Emperador Carlos V (Carlos I de España) en la dieta de Augsburgo la denominada Confesión de Augsburgo (= CA), santo y seña de la Reforma protestante, y el Congreso se celebraba precisamente en Salamanca, cuyos teólogos otrora habían tenido parte tan importante en la valoración del hecho protestante en el Concilio Ecuménico de Trento.

Séame permitido el recordar mis años de estudiante de Teología en el Seminario de San Sebastián, cuando bajo la impresionante docencia de mi maestro el Prof. José Ignacio Tellechea Idígoras, hoy catedrático de Historia de nuestra Universidad Pontificia, accedía a la consideración y análisis del amplio fenómeno, que es la Reforma. De sus labios tuve la ocasión de oír hablar por primera vez del Arzobispo Carranza, que tan gran memoria dejara en la primera sesión del Concilio de Trento y que fuera después acusado de larvado protestantismo por la Inquisición española bajo el reinado de Felipe II.

A lo largo del Congreso uno sentía la ambientación histórica, el hálito del momento de la convulsión de la Reforma con sus críticas para con la Iglesia católica, algunas de las cuales, justo es decirlo, tenían su base bastante sólida en aquella situación histórica de la Iglesia. Un tal recuerdo surge espontáneo, cuando se está oyendo en la sesión de apertura una des-